

La violencia en Colombia junio de 1962:
Glosas de un lector de hoy

Fernando Cubides C*

No se trata de arqueología: para quien quiera comprender el problema de las múltiples formas e intensidades de la violencia colombiana de hoy va resultando indispensable una relectura de este texto, clásico a escala colombiana, a la luz de los hechos nuevos. Quienes han investigado sobre cualquiera de esas dimensiones lo han tenido siempre a la mano, y han emulado con él, consciente o inconscientemente. Pero va siendo hora de que, además de los guiños conmemorativos, se adentren en él, mediante una lectura íntegra, exhaustiva. Una de las definiciones que da Italo Calvino acerca de lo que es un clásico viene muy al caso: “libro que no termina de decir lo que tiene que decir”. Un texto que persiste como un ruido de fondo, aún allí donde la realidad, a primera vista incompatible, se impone, pero que persiste no por ritualismo o veneración acrítica, sino por la pertinencia profunda de su contenido. Para evitar que entre más celebrado sea menos leído, ahora que se lo ha elevado, con toda justicia, al nicho de los 10 grandes libros colombianos en el presente siglo, hay que destacar aquellas partes suyas que, leídas en clave del presente, tienen mucho que decirnos. Pues a la vez acojo la idea de Calvino según la cual toda lectura de un clásico es en verdad una relectura, y en nuestra relación con los clásicos es menester siempre aclarar desde dónde se lee, y no ubicarse en una “nube intemporal”. Tal es el propósito de estas notas.

“Un libro se escribe para presentar ciertas tesis e ideas que pueden considerarse aportaciones al conocimiento de hechos importantes. El de la violencia, que algunos como es natural han criticado, tiene tesis e ideas que se han presentado

*Profesor del Departamento de Sociología, Investigador Centro de Estudios Sociales, CES., Universidad Nacional de Colombia.

no de manera dogmática, sino para que se estudien y corrijan con nuevas evidencias” afirmaba Germán Guzmán en Septiembre de 1962 en medio de la primera oleada de críticas, y cuando ya era perceptible que estaba produciendo una conmoción que ningún libro anterior, ni ningún libro después de él por irreverente, blasfemo, contestatario que haya sido, ha producido. La sencilla fórmula empleada por el otrora párroco de El Líbano para exponer su canon de objetividad hoy convence más que la mayor parte de los argumentos académicos con los que se quiso defender la obra frente a sus primeros críticos. Y ya aquí nos tropezamos con una de sus singularidades: dado el tiempo que transcurre entre la aparición del primer tomo y del segundo, este incluye como prefacio un estudio de la recepción que ha tenido el primero, una reseña de las críticas principales, un detallado inventario de la abigarrada gama de comentaristas que lo citan y de las piezas oratorias del debate parlamentario al que diera lugar.

Estudio que entonces se pensó como algo incidental, un abre bocas para que el lector de entonces acometiera las 460 páginas restantes del segundo tomo en las que, a diferencia del primero, casi no hay testimonios y en donde el propósito analítico ha sustituido a la narrativa testimonial. Hoy ese estudio de la recepción resulta tan valioso como el resto del contenido, y coloca al lector de 1999 en una posición inmejorable para examinar la cuestión de la relación del libro con la época, para mirar a través del libro la Colombia de entonces. Suena desafiante, pero a nuestro juicio esa introducción al segundo tomo tiene más sociología que el capítulo conocido de modo explícito como la contribución del sociólogo en el tomo primero (Cap. XIII) y que ya en su título indica las pretensiones explicativas: “El conflicto, la violencia y la estructura social colombiana” ...Hoy ese detallado análisis de las diversas reacciones que el libro suscitó recién aparecido equivale a un estudio a profundidad de la sociedad del momento, un análisis de corte cultural (“cross cultural analysis”)

* * *

En varias entrevistas se han rememorado los hechos singulares y las anécdotas que hay tras la conformación del trío de autores. En principio se pensaba que el grupo fuera mayor, al fin y al cabo escribir el libro fue iniciativa de una Comisión heterogénea, de una intención colectiva; pero lo importante es que se llevara a cabo como una experiencia de coautoría, insólita para entonces, como reconocen en más de un pasaje los propios autores. Mucho antes de que la idea o la palabra estuvieran en boga, y determinados por la complejidad de la labor a este grupo le resultó imperativa la idea de la interdisciplinariedad, la noción del trabajo interdisciplinario, Aun cuando hoy sea fácil reconocer las partes correspondientes a cada autor, las diversas improntas estilísticas, las costuras del libro, tampoco

hay duda de la forma en que se van compenetrando, de cómo la riqueza empírica de la diversidad de testimonios, la propia virulencia de la materia investigada va exigiendo una óptica compartida, una superación de la tentación individualista. Combinar distintas destrezas analíticas, intercambiar apreciaciones sobre la documentación allegada, sensibilizarse mutuamente acerca de la necesidad de otras fuentes se va volviendo una necesidad en el curso del trabajo. A esa amalgama contribuyeron no en escasa medida el tipo de advertencias, las presiones externas, los plazos perentorios y, aparecido el primer tomo, las reacciones adversas.

Recordemos brevemente que la noción de interdisciplinariedad surge en las ciencias sociales norteamericanas a raíz de la Gran depresión, cuando parecía que las posibilidades de cualquier disciplina habían resultado sobrepasadas y se requería complementarlas, sumar destrezas analíticas para dar cuenta de un crisis de tales dimensiones y con tal variedad de efectos. Comienzan a hacerse más fluidas las fronteras entre las disciplinas. *La violencia en Colombia* es un trabajo interdisciplinario, no principalmente porque las disciplinas de los integrantes sean diversas, sino ante todo porque son conscientes de la necesidad de hacer intervenir orientaciones teóricas muy variadas, de alcances diversos. Se proponen suplir las carencias y las dificultades para el registro empírico, haciendo intervenir de modo simultáneo técnicas muy disímiles: ante la precariedad de las estadísticas sobre la distribución del ingreso, de una caracterización adecuada de la tenencia de la tierra: juicios panorámicos, apreciaciones globales, y recurso a los testimonios, a la narración ofrecida por protagonistas de segunda fila.

* * *

Quiero destacar el componente ético-religioso que subyace a todo el trabajo. No consiste principalmente en que de entrada se utilicen como epígrafes sentencias del evangelio, ni que a lo largo del texto menudeen las citas bíblicas, tampoco en que dos de los autores (Fals Borda y Monseñor Guzmán; pues el Doctor Umaña se ha declarado ateo, librepensador y volteriano) sean hombres de convicciones religiosas; tampoco a mi ver en el hecho de que adopten la contraposición entre lo sagrado y lo profano a la hora de examinar el conjunto de prácticas culturales, sino sobre todo en la noción de comunidad que adoptan (y que aparece reiterada en las conclusiones y en el epílogo) una comunidad en la culpa: “todos somos responsables, todos somos culpables” ya por acción, ya por omisión. Siendo de origen religioso cumple una función didáctica: se trata de superar la relativa indiferencia de un país ya predominantemente urbano, hacia lo que se ve ante todo como una “tragedia campesina”; de ese modo, la

comunidad a través de la culpa, así se trate de una “comunidad inventada o imaginada” resulta del todo compatible con la noción, más secular y moderna, de la ciudadanía

* * *

No está demás recapitular el plan general de la obra: la secuencia que se propone (de la ubicación temporal y espacial al análisis del problema; de lo descriptivo a lo explicativo, y tras eso la divulgación de los testimonios y la elaboración de una tipología de los protagonistas) y que opera con los parámetros de la física clásica; se procura en principio ubicar temporal y espacialmente el problema.

a) En lo temporal. Creo que hoy se puede destacar, a despecho de la generalización (posterior al libro aunque bien pudiera haberse inspirado en lo genérico de su título) que afirma que todo comenzó el 9 de Abril del 48, cómo en cuanto a la ubicación temporal a la reconstrucción histórica del problema y sus raíces, se remontan hasta la década del 30, al menos, y en muchos casos regionales más atrás; una tendencia retomada por la generación posterior de historiadores. Hay en el conjunto de los testimonios una narrativa sin adornos, en la que el protagonista tiene la palabra. Es la parte del libro más vigente y muchos de esos testimonios siguen reclamando una interpretación adecuada, parecen hallarse a la espera de su intérprete.

b) En cuanto a la ubicación espacial, a la geografía de la violencia —a mano alzada, con los recursos de entonces— se destaca la percepción de una creciente diferenciación regional, y se señalan al lector las características básicas de las regiones en donde es más intensa la violencia: el eje cafetero, la planicie del Tolima, los Llanos Orientales. Pero ya entonces aparecen como problemas dignos de un análisis propios y merecen una consideración especial a las regiones menos afectadas: Nariño, la Costa Atlántica. Una regionalización del problema que sólo en la etapa más reciente se ha retomado.

* * *

Nótese que procuran una identificación de los grupos en conflicto y para ello emprenden un escueto análisis de la estructura social del país. La situación de los propietarios agrarios y de los aparceros, la obsolescencia del régimen de propiedad imperante, la cuestión agraria en sus términos más clásicos. Pero a la vez se va más allá de diagnosticar el estado del problema agrario y de fundamentar terapias o tratamientos: otorga protagonismo a los cuadrilleros campesinos y a sus auxiliadores veredales. Sin aludir siquiera al libro de Hobsbawm *Rebeldes primitivos* (cuya primera edición inglesa es de Julio de 1958, pero que no parece haberse conocido entonces por ninguno de los tres autores) se señala en términos

más sencillos la categoría de bandolerismo social sobre la que volverán otros investigadores (Meertens & Sánchez principalmente).

* * *

La enumeración causal, que linda con la ampulosidad: “causas remotas, causas próximas, causas inmediatas, causas coadyuvantes” con su afán exhaustivo y sistemático, bien pudiera hoy parecernos ingenua; sobre todo porque se limita a enumerarlas y el listado final de ellas acoge todas cuantas se hayan podido mencionar o aludir ya para entonces (desde el “ancestro aborigen” de José Francisco Socarrás quien en 1959 en su serie de conferencias “Radiografía del odio” la había formulado hasta la teoría Gorgona, a las más elaboradas pero sin fundamento empírico a la vista del Profesor López de Mesa) y se traslada entonces al lector la pregunta de Pilatos. Pero otro mensaje que subyace es el de que no es posible todavía jerarquizar una causalidad y que ello resultará de decantar y poner a prueba todas las mencionadas; en modo alguno se proponen clausurar el debate (Se define en el capítulo “Etiología de la Violencia” como un estudio “multicausal y sucesivo”).

* * *

El capítulo titulado “Tanatomanía” en el que se acude a la pericia del forense para describir las distintas técnicas del asesinato y de la tortura, inaugura un tratamiento que será retomado luego por la antropología, y aún por la psicología: el intento de descifrar todo lo que queda “escrito en el cuerpo” de las víctimas, todas las significaciones que se le añaden al hecho de la muerte o de la herida. Sin poder para entonces establecer una cifra aproximada de la totalidad de las víctimas, dejan abierto un debate que dura desde entonces, pero con ese intento de interpretación, con la tipología que elaboran, con lo minucioso de la descripción que hierde la sensibilidad del lector, consiguen restablecer la dignidad de las víctimas (háyansele propuesto o no).

* * *

Impresiona hoy cómo y con qué frecuencia los autores recurren a la enfermedad como metáfora (La violencia es cáncer, el país tiene “las úlceras abiertas”, la propia obra se nos presenta como una “vacuna contra la violencia” y en más de un pasaje se alude a la necesidad de una “profilaxis”) En todo caso tal empleo, según lo entendemos, no está en función de reclamar un estatuto de cientificidad para las ciencias sociales que provenga de la adopción de la terminología de la medicina, obedece a razones más bien didácticas, a su afán de conmover al lector urbano, medianamente formado.

* * *

En todo caso, sostengo, la enfermedad como metáfora, y las otras analogías médicas que se encuentran en el texto no están relacionadas con el estructural funcionalismo ni con su manera de entender el conflicto social al que considera una condición patológica.

* * *

Arribamos pues al capítulo de visos más analíticos, al aporte del sociólogo, “último especialista en generalidades”. Llama la atención en una lectura actual, el pragmatismo con el que comienza por adoptar precisamente el estructural funcionalismo como su opción teórica, su marco general de interpretación. “Sabido es que en la sociología domina hoy la orientación estructural-funcional: Apliquemos pues en primer lugar esa teoría general...” Pero al hacerlo es tal el cúmulo de disfunciones (“Una impresionante cantidad de disfunciones en todas las instituciones fundamentales” “síntomas disfuncionales continuos”) y el listado de “agrietamientos estructurales” es de tal amplitud que Fals Borda transita, casi de modo imperceptible, hacia una orientación distinta: termina adoptando la noción del conflicto social y de su positividad, de uno de los críticos tempranos de Parsons en la sociología norteamericana: Lewis Coser. El libro de Coser *Funciones del conflicto social* cuya versión inglesa apareció en 1956, y que en los parámetros de la época fue traducido muy rápido al español (en 1961, por la editorial Fondo de Cultura Económica) resultó providencial para el reenfoque que se produce al final del capítulo.

* * *

Capítulo que por cierto fue el que más se prestó a una cierta crítica y a una cierta caricatura sobre la pretensión de cientificidad de la disciplina, y por extensión de la obra en sí. Alguno de los reseñadores iniciales se apoya en el sociólogo norteamericano Pitrim Sorokin (*Achaques y manias* y su sátira sobre las jergas de los científicos) para ejemplificar algunos pasajes del texto como un “argot fingido”. Y en verdad algunas de las aseveraciones, por lo sumarias y elípticas pudieron prestarse a ello: “la policía convirtió el conflicto telético en conflicto pleno” (Tomo I. p. 418) “Por esas grietas se deslizó el conflicto” afirma al final del capítulo el autor (!y es todo un lapsus!).

* * *

En todo caso uno de los efectos inmediatos del debate público fue que para bien y para mal se fijó una imagen pública del sociólogo, contribuyó en forma

definitiva a su visibilidad. Aunque haya producido de manera inmediata el divorcio de ese matrimonio bien avenido que parecía existir entre la sociología y la acción gubernamental.

* * *

Una consideración especial merecen los debates públicos que la obra suscitó en los años posteriores. Además de los reseñados al comienzo del segundo. Tomo y que ya mencionamos, vale la pena mencionar uno hasta ahora no suficientemente ponderado: con las mejores intenciones del mundo este libro es el que pone a circular la noción de soberanía parcelada, de existencia de repúblicas independientes. Oigamos al Profesor Fals: “Hubo un momento cuando aún a escala nacional empezó a ocurrir una impresionante desintegración social. Los mapas del capítulo II demuestran hasta qué punto se extendió “la violencia” en 1951, y 1952, creando muchos bolsos de guerrilleros, comandos autónomos y “republicuetas” muy semejantes a las de Bolivia del tiempo de René Moreno, algunas de las cuales subsisten en Colombia. En estas republicuetas no se ha creado una conciencia local de nación, antes subsiste la de pertenecer a una entidad mayor que es Colombia pero no reconocen al Estado Colombiano” (Tomo I. p 412.). Fácil es imaginarse que de allí provino la expresión que luego se tomó en el debate parlamentario, suscitado por el propio libro, para desvirtuar algunas de sus recomendaciones: precisamente aquellas que insisten en un tratamiento gradualista, como problema social, de esos reductos de insurgentes, con las consecuencias que conocemos, y padecemos, desde entonces...

* * *

Y también amerita un análisis especializado la recepción inmediata y positiva que tuvo el libro en sectores de la joven oficialidad del ejército. El caso Valencia Tovar fue más que un caso individual, según se deduce de muchas referencias fragmentarias. Si García Márquez, afirma que la guerra comenzará a humanizarse cuando los guerreros lleven un libro en el morral; Valencia Tovar propuso por entonces (y El Espectador del 19 de Diciembre de 1962 publicó, habiéndolo filtrado, su memorando, lo que reavivó el debate y en el curso del mismo obligó al ministro a distanciarse de las apreciaciones de su subordinado) que éste texto, *La violencia en Colombia*, fuera de lectura obligada para el curso de oficiales, lícito es especular sobre el curso que hubieran tomado las cosas si en verdad hubiera sido así. Todos los testimonios del libro (y también en eso coinciden la versión de Franco Isaza así como los apuntes históricos de Russell Ramsey) indican que, para la violencia de los años siguientes a 1948 el ejército mantuvo su prestigio intacto, y la actitud de los guerrilleros fue del todo positiva hacia él

como institución, mientras no se involucró en el conflicto partidista, mientras se limitó a cumplir, con sentido del equilibrio, labores policivas subsidiarias. Un ejercicio de “contrafactual history” tal vez no resulte del todo superfluo en este punto.

* * *

Lo genérico de la enunciación que se adopta en el título de la obra pudo haber contribuido, sin que desde luego se lo hubieran propuesto así los autores ni el editor, a que se reafirmara la expresión que ya existía en el habla común, que era el que empleaban los propios protagonistas, y que llama la atención de ciertos colombianistas como Pécaut, pues tras su apariencia de neutralidad puede conducir a una elusión de responsabilidades concretas. La violencia se ontologiza, es como el fantasma que recorre el país, genéricamente enunciada “mezcla en una amalgama inextricable todo lo que se ha producido en esta fase: conflictos sociales, luchas políticas, bandidismo y toda una serie de microfenómenos locales, sin estructura visible, sin relación ni con las clases sociales ni con el desarrollo capitalista, sin organización y sin dirección: situación de anomia generalizada en la cual todos los grupos sociales, y los partidos políticos tradicionales en primer lugar, se habrían visto atrapados a pesar de ellos mismos, una noche oscura en la que todos los gatos serían pardos” *Classe Ouvrière et Systeme politique en Colombie* Thèse pour le Doctorat. Tomo II, p 773. Una apreciación muy acertada que Pécaut no recoge en la versión al convertirla en libro (*Orden y violencia*, Siglo XXI & Cerec Editores, Bogotá 1987) pero que otros investigadores han intuido y que por ello desde entonces eluden lo genérico prefiriendo el plural o los condicionantes.

La violencia en Colombia Junio de 1962:
Glosas de un lector de hoy

Fernando Cubides C
Profesor del Departamento de Sociología
Investigador Centro de Estudios Sociales, CES.
Universidad Nacional de Colombia

Resumen

Se trata de examinar el contenido de una obra ya antológica: el primer trabajo académico sobre la violencia colombiana (*La violencia en Colombia*, aparecido en 1962) ver cómo fue recibido en el momento de su aparición, los diversos efectos que produjo, y examinar sus conclusiones y recomendaciones a la luz de los hechos posteriores. Se valora lo que significó como trabajo pionero en su calidad de interdisciplinario en las Ciencias Sociales se procura establecer el alcance y la validez actual de las pronósticos que formuló; así como evaluar su calidad como texto, las enseñanzas que hoy se pueden extraer de sus testimonios, y del amplio material empírico que compilaron entonces, que en su riqueza parece reclamar nuevas interpretaciones.

Abstract

Many students and researchers of social sciences who have been for long subject of violence in Colombia undoubtedly rank this book (*La violencia en Colombia*) as the best renowned and controversial. First published in 1962, it immediately arouse a critical debate in which the same authors participated. Today, 40 years later it has still not gone off the boil. This article concentrates on key issues such as the rethinking of this text written by the pioneers of colombian sociology and the analysis of its pivotal role in the professionalisation of social sciences and in the rising of the interdisciplinary work.